

# LA ILUSTRACION CATOLICA



## PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Numero suelto real y medio.

## PROPIETARIO

**JOSÉ AMALIO MUNOZ**

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4

## PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.<sup>a</sup>—AÑO II.

MADRID

Madrid 28 de Octubre de 1878

NÚMERO 16

## SUMARIO

Texto. Nuestros grabados, por A.—Revista de la semana, por

dinario lucimiento las cátedras de Gramática, Filosofía y Teología.

pues en propiedad, gracias á unos brillantes ejercicios de oposicion.

En 1846 consiguió en la Universidad de Cervera el grado de Bachiller en Teología, y el mayor de dicha facultad en la de Zaragoza.

Su vasta instruccion y su ardiente zelo religioso le llevaron al púlpito, donde su predicacion dió los resultados que eran de esperar, lo mismo en Lérida que en Tarragona y Barcelona, cuyos fieles tuvieron la dicha de oír su inspirada palabra.

En 1851 fué nombrado Canónigo de Barcelona, á cuyo puesto le daban derecho su ciencia, su talento y sus virtudes.

Presentado por S. M. para la Silla Episcopal de Gerona en 2 de Febrero de 1862, fué preconizado por Su Santidad el 21 de Mayo, y consagrado en la Catedral de Barcelona el 21 de Octubre; tomando posesion el 23 del mismo mes y año.

En su nuevo y elevadísimo cargo pudo el Prelado desplegar más y más sus grandes dotes de saber, zelo y piedad cristiana; visitando con frecuencia su diócesis; dedicándose asiduamente á la predicacion; favoreciendo el desarrollo de la Casamision de sacerdotes, fundada por su antecesor, cuyo edificio reedificó á sus expensas, y convocando dos sínodos diocesanos, en que tuvo la inmensa satisfaccion de ver cuán dignos de su pastor eran sus

## EPISCOPADO ESPAÑOL



EXCMO. É ILMO. SR. D. CONSTANTINO BONET Y ZANUY, ARZOBISPO DE TARRAGONA

## NUESTROS GRABADOS

Excmo. é Ilmo. señor don Constantino Bonet y Zanuy, Arzobispo de Tarragona.—Nació este docto varon el 11 de Marzo de 1808 en Tamarite de Litera, provincia de Huesca. Huérfano de madre en sus primeros años, su piadoso padre confió su educacion á los Padres Escolapios de su pueblo natal. Estudió Filosofía en el Seminario Conciliar de Lérida, donde alcanzó el beneficio de *Media Beca*, continuando en clase de colegial interno hasta completar los cursos de Teología. Terminada su carrera con gran lucimiento, recibió las Sagradas Ordenes á título de un beneficio que obtuvo en la Colegial de Tamarite, el cual conservó hasta 1833, en cuya época pasó á disfrutar otro en la Catedral de Lérida, y en el Seminario Conciliar de esta ciudad desempeñó con extraor-

En 1841 fué nombrado regente de la parroquia de las Borjas de Urgel, cuyo curato obtuvo des-

Ayuntamiento de Madrid



amados curas párrocos, que todos rivalizaban en virtud y ciencia.

Asistió al inolvidable Concilio Vaticano, donde tan alto quedó el nombre del Episcopado español, y en 14 de Junio de 1875 fué presentado para el Arzobispado de Tarragona, siendo preconizado por Su Santidad en 17 de Setiembre, y verificando su entrada pública en dicha ciudad en 29 de Diciembre de dicho año.

Allí, lo mismo que en Gerona, se mostró incansable en el fomento de los intereses religiosos y morales, desarrollando en gran manera el Seminario Conciliar, y favoreciendo el progreso de las casas de Padres misioneros hasta su fallecimiento, ocurrido el 10 del presente mes.

Las distinciones que había alcanzado este Prelado son: Arzobispo de Tarragona, Primado de las Españas, Prelado doméstico de Su Santidad y Asistente al Sacro Sólido Pontificio, Noble Romano, Caballero gran Cruz de la Real Orden americana de Isabel la Católica, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia, y académico de la de Religión Católica de Roma.

**Catedral de Strasburgo.**—Este célebre templo, que es una de las joyas del arte gótico, había padecido algo con motivo del sitio y bombardeo de los prusianos en 1870. Restaurado á expensas del gobierno de Berlín, nuestro grabado representa tal como hoy se encuentra después de terminadas las obras de restauración.

**Orillas del Darro.**—Para el que no haya estado en Granada, es inútil intentar una descripción de aquella ciudad; tarea que, por otra parte, consideramos poco menos que imposible: más fácil sería describir un laberinto. Los que hayan estado en la ciudad de Boabdil y se fijen en el grabado que publicamos en este número, verán con cuánta exactitud está tomado aquel río, cuyo cauce se abre paso por entre las estrechas y tortuosas callejas de dicha capital.

A.

## REVISTA DE LA SEMANA

Ahora salimos con que en Oriente vuelven á formarse nubarrones que amenazan la paz de Europa. Nosotros ya lo temíamos. El tratado de Berlín, sobre no dejar contento á nadie, es de difícil ejecución, y los hombres políticos temen que las bayonetas y los cañones resuelvan, allá para la primavera próxima, lo que los diplomáticos no han podido resolver con sus discursos en la capital de Alemania.

Lo cierto es que Rusia refunfuña; y que Inglaterra se arma hasta los dientes, y que la misma Turquía, pensando tal vez aquello de *perdido por mil, perdido por mil y quinientas*, se permite de vez en cuando mostrarse de mal humor.

El tratado de Berlín se ha considerado generalmente como una tregua, y no como una paz definitiva; pero vamos temiendo que la tregua sea más corta de lo que todos esperábamos.

A pesar de lo que hace días anunció el telégrafo, aún no se han roto las hostilidades en Asia. Las últimas noticias son que Inglaterra había renunciado á una campaña de invierno, y que su ejército no invadirá el Afghanistan hasta entrado el año que viene. Entre tanto, puede que el emir de Cabul lo piense mejor y se preste á dar satisfacciones á la Gran Bretaña, que tal vez no se muestre muy exigente, atendiendo á las dificultades de sostener una guerra á tan larga distancia de la metrópoli, y cuando las complicaciones europeas pueden hacer que necesite emplear en otra parte todas sus fuerzas.

Hemos visto un telégrama que, de ser exacto, es una nueva dificultad para Inglaterra. En él se dice que la fiebre había invadido de una manera espantosa el ejército inglés de la India. Mala condición es ésta para emprender una campaña, y es posible que ella sola haga en favor de la paz con el emir de Cabul más que todas las consideraciones.

En París se ha celebrado ya la repartición de premios á los que han concurrido á la Exposición. España, á juzgar por los resultados, ha hecho un gran papel en aquel certamen.

En cantidad de premios ha sido la primera nación después de Francia, y en calidad la segunda.

Este resultado, análogo ó muy semejante al que se obtuvo en Viena, debe hacer meditar mucho á nuestros artistas, agricultores é industriales, no sólo para enorgullecerles, que justo es el orgullo cuando se funda en causas nobles, sino para animarles á proseguir cada vez con más ardor por la senda del trabajo y del progreso.

Y también debe llamar la atención de esos muchos españoles que desprecian sistemáticamente todo lo de su patria, para aceptar sin examen lo extranjero.

Si hemos de ser francos á éstos, no creemos que les haga ningún efecto.

España sigue, y creemos que seguirá siempre, mereciendo ser representada por aquel ingenioso y satírico grabado de la cucaña á que procuraba subir uno con grandes esfuerzos, mientras todos los demás se entretenían en tirarle de las piernas.

La formidable batalla del personal se resolvió pacíficamente. El ministro de la Gobernación, como presumíamos, triunfó hasta sin combate, y el Sr. Villalva, lo mismo que los otros candidatos del joven antequerano, ocupan ya los puestos para que los había designado.

Los padres de la patria, después de haberse remojado y de recorrer sus distritos, ó dar un vistazo á sus propiedades, los que las tienen, van ya regresando á Madrid, y preparándose á la próxima campaña parlamentaria.

Dios ponga tiento en sus manos, ó por mejor decir en sus lenguas, y ¡ojalá que hablen poco y hagan mucho y bueno, que bastante falta nos hace!

Sin embargo, los diputados, como al fin son españoles, nunca se enmiendan, y sus tareas se reducen á pronunciar discursos de siete kilómetros, de los cuales sacan los oyentes lo que dicen que sacaba el negro del sermón: la cabeza caliente y los pies fríos.

En los teatros nada de particular.

El de la Zarzuela ha dado *El campanero de Beñoña*, en que la música es muy superior al libro, debiéndose aquella al maestro D. Tomás Breton, y éste al conocido escritor D. Mariano Pina (padre).

No sabemos qué dificultades de bastidores han obligado á la empresa á retirar esta obra cuando aún podía dar buenas entradas.

En el de Apolo continúa *La opinión pública* mostrando todos los horrores de la llamada escuela realista, y los aficionados á emociones fuertes siguen llenando el teatro y aplaudiendo ese drama en que el que no muere puede decir que vive de milagro.

En el Español, después de *Un drama nuevo* se ha puesto en escena *El desden con el desden*, que es una de las obras del teatro antiguo en que Calvo luce mejor su excelente manera de decir, y Mariano Fernandez prueba una vez más que no tiene rival en su género.

En la Alhambra, el Sr. Gautier continúa pintando cuadros en mucho menos tiempo del que el público emplea en aplaudir su rara habilidad.

Y los demás continúan dando piezas á docenas para solaz de los aficionados á divertirse por poco dinero.

Grandes carteles fijos en las esquinas han anunciado al público madrileño que á principios de Noviembre podrá disfrutar del exótico espectáculo á que de hoy más irá unido en España el nombre del conde de Toreno.

Con esto creemos inútil decir que nos referimos á las carreras de caballos que se verificarán en el Hipódromo.

Si nuestros lectores no lo han visto, les aconsejamos que no lo vean, porque cosa más triste y más fea no la hay en ninguna parte del mundo.

En las carreras de Noviembre se disputarán grandes premios, que no sabemos en qué modo pueden contribuir al fomento de la cría caballar.

¿Qué es un caballo de carrera?

Un animal que cuesta muy caro y no sirve para nada.

Fuera del Hipódromo no es posible ni montarlo, porque en cuanto siente correr otro caballo sale desbocado.

Y en el Hipódromo corre uno ó dos kilómetros en tres ó cuatro minutos.

Pero ¿y luego?

Luego no puede dar un paso.

Todo llega en este mundo, y por fin, han llegado las lluvias que tanto deseábamos.

El cielo nos ha regalado en estos días tremendos chaparrones, y los periódicos previsores anunciaron que las aguas del Lozoya iban á enturbiarse.

En el momento en que escribimos esta Revista aún no se ha realizado este anuncio, y todos los madrileños piden á Dios que no se realice.

Las castañeras, que anuncian el invierno como las golondrinas el verano, se han instalado ya en las esquinas y en las puertas de casi todas las tabernas.

Y esto nos recuerda un diálogo que oímos hace algunos años á un matrimonio que iba delante de nosotros en una noche de fin de Octubre.

—Mira, Luis, ya se han puesto las castañeras,—decía ella dando á su voz la más dulce de las entonaciones. ¿Quieres comprarme?...—

—¿Castañas?—interrumpió él llevando la mano al bolsillo del chaleco.

—No; un abrigo de piel de marta.

UNO DE TANTOS.

## CERAMICA EGIPCIA

Con fundamento asegura un escritor francés que ningún producto del trabajo revela mejor la marcha de la civilización que la cerámica. Atendiendo cuidadosamente á las exigencias de la condición humana y á los progresos del arte y de la industria, resulta con palpable evidencia que en todos los pueblos y en todos los tiempos se ha empleado el barro para hacer multitud de objetos de primera necesidad; desde el tosco primitivo cacharro que se encuentra en el fondo de los dolmenes célticos, hasta la copa de porcelana de Dresde en que apagan su sed los reyes de Europa, se descubre una jamás interrumpida serie, variada y abundantísima, de utensilios y objetos de uso natural, común y necesario.

Por otra parte, la índole de las blandas materias empleadas se amolda á todos los caprichos del gusto y la imaginación, y refleja dócilmente la cultura y los adelantos artísticos de las épocas y de los pueblos. En las groseras impresiones de los dedos del bárbaro isleño australiano, que se notan en los vasos procedentes del Continente novísimo, se adivina el estado salvaje de su primitivo dueño, como se advierten en la elegante y maravillosa copa que salió de los talleres de Sevres el gusto artístico y los adelantos materiales de nuestro siglo.

De aquí nace la utilidad del estudio de las lozas, porcelanas y demás productos del arte de la cerámica. Mas si atendemos á la impresión agradable que en nosotros producen, nuevo y poderoso atractivo tienen para nosotros. Encanta la contemplación y detenido examen de esas preciosidades á que llamamos en general porcelanas, y que forman el mejor adorno de nuestros salones. Representan unas veces risueños angelitos que jugueteaban con guirnalda de diminutas flores; castas doncellas que sostienen juntamente con apuestos mancebos los retorcidos brazos de un candelabro; pajarillos de mil colores que se picotean amorosamente al borde de una pecera; gallardo cordero sobre cuyos blancos lomos descansan los traviesos amorcillos; aparatos de espléndida arquitectura que mantienen un horario; curiosas tapas de velador en que se esculpió en alto relieve toda una historia de otros tiempos; acaso forman también medallones y pendientes trazados por Flaxman sobre el campo de zafiro que con tanta habilidad preparaban los obreros de Wedgwood.

Modelóse otras veces el blanco kaolin, y pintáronse sus obras por habilísimos artistas, para contener en ricas vajillas no menos estimados manjares, alimento de príncipes y magnates. Vióse entonces trabajar á las fábricas de Sevres y Chantilly en aquellas fuentes, teteras y vajilla de toda especie, destinadas á las mesas de Diana Pompadour, de María Antonieta ó del conde de Artois. De todas maneras y en todos los casos, las porce-



anas fueron estimadas de cuantos en sus labores costosas se recrearon, y búscanse también hoy con tal fervor aquellas que salieron de los talleres de más fama, que su comercio representa ya un valor inconcebible.

Pero hasta que tan peregrino mérito alcanzaron los productos cerámicos, ¡cuántos tiempos no han transcurrido, y cuán penosa labor no ha sido menester! No nace de golpe ninguna industria, ni llega á sus últimos confines la perfección humana, sino merced á constantes esfuerzos y tras de muchos ayes y sudores. Entre la figurita de Sajonia y la informe vasija del hombre prehistórico hay un mundo de prodigios y una larga serie de generaciones, por lo que la historia de la fabricación y moldeado de los barro es tan larga como la de nuestra especie, y requiere análogo estudio.

Siendo la región que fertiliza el Nilo desde las montañas de Nubia hasta los confines del Delta, una de las que primeramente fueron habitadas y en que floreció quizá la más antigua de las civilizaciones, su cerámica ofrece extraordinario interés arqueológico, si bien no es tan notable, bajo el punto de vista artístico, como la de China. No se hallan en las ruinas de Luqsor, ni en los hipogeos de Beni-Hasan, los singulares monstruos y los esmaltados jarrones que produjo la China, ni siquiera los caprichosos y variados barro que se fabricaban en el Perú, ni menos los celebradísimos vasos etruscos, griegos y romanos; pero la sola condición de la antigüedad extraordinaria que tiene el arte egipcio, y el empleo de la pintura y aún algo de la estatuaría en su mayor sencillez en la cerámica egipcia, la hace digna de estudio, si no bastase la consideración de que es uno de los anillos de esa gran cadena que forma la historia del arte en todas sus manifestaciones.

Como los objetos cerámicos reproducen los caracteres generales del arte de cada pueblo, sirve el estudio de aquellos para conocer la índole, adelantos y condiciones de todas las artes plásticas, expresión imperfecta y muda de la civilización, de la mitología y de la historia. En una vasija cualquiera puede hallarse el trasunto de una leyenda, ó la representación de una costumbre, ó la imagen de un personaje divino ó humano, obras del dibujo, del color y del relieve. Así es, que la cerámica egipcia, no sólo reproduce las líneas generadoras de su extraña arquitectura, sino también los misterios que constituían el dogma hierático, cuyo sentido guardaban cuidadosamente los sacerdotes, las imágenes fantásticas y monstruosas de Hathor y Anubis, y el singular juicio de los muertos. Los cartuchos y encuadramientos cubiertos de jeroglíficos é impresos sobre las vasijas egipcias, consignan también algún nombre histórico ó hecho notable dignos de ser interpretados por los discípulos de Champollion y Mariette.

En la cerámica del Egipto se nota el mismo fenómeno que en su arquitectura y escultura; á medida que es más antiguo es más perfecto, como si la decadencia política que acabó en las locuras de Cleopatra arrastrase también al sentimiento artístico con fuerza irresistible. ¡Singular destino el de las artes encargadas de marcar la grandeza y la decadencia de los imperios, á pesar de que la belleza ideal ó real parece vivir en regiones superiores á las cosas humanas! De aquel fenómeno resulta que la cerámica primitiva de los egipcios es más perfecta que la de los últimos tiempos de su colosal poderío.

El carácter de su religión es causa de que los objetos hallados contengan aquel simbolismo misterioso que se oculta en todas las cosas del pueblo de los Faraones y Ptolomeos. Aun las figuras de uso profano tienen por lo común el mismo carácter, más ó menos aparente y cierto. Las formas del vaso egipcio recuerdan á primera vista el loto y el papiro, plantas sagradas que, según sabe todo el mundo, forman el constante motivo de ornamentación en el arte de que hoy tratamos. Cuando no, sobre la superficie limpia ó esmaltada de los objetos de barro se pintan ó graban, como señal que denuncia su origen á los ojos menos perspicaces.

Otras veces, figurillas de diferentes tamaños, formadas por tierras arcillosas y coloreadas, reproducen las fantásticas creaciones de aquella teogonía: sus diosas de cabeza de animal; las varias representaciones del sol siempre adorado en el Oriente; el escarabajo místico de cien formas y tamaños;

la Ibis sagrada y los demás seres que simbolizaban para el pueblo, de que se burló Juvenal, las fuerzas vivas de la naturaleza, ó los provechosos dones del Nilo.

Estos objetos y otros de empleo ordinario y común han sido estudiados con algún esmero, aunque no tanto como los de otros países. Las tierras de que se formaron, bien cocidas en hornos ó al sol, son excelentes, pues contienen un 92 por 100 de sílice, y por esto admiten labores delicadas, de tal manera, que algunos llaman á estos productos de la antigüedad *porcelanas de Egipto*, y no las confunden con la loza blanda ó tierna, que no resiste las temperaturas de los grandes hornos.

La uniformidad de los colores con que se decoraron estos barro cocidos ha sido explicada de muy distinta manera por autores de igual extraordinaria pericia. Mientras M. Brongniart la atribuye á inexperiencia y atraso industrial, M. Jacquemart presume que era debida á leyes y preceptos religiosos, que hasta al uso de los colores llevaba el simbolismo y el misterio. Del óxido de cobre se sirvieron los alfareros egipcios para cubrir con un barniz brillante, verde ó azul claro, la superficie de sus obras, en las que trazaban adornos y labores de los mismos colores, más ó menos entonados, ó de negro, violado, amarillo y rojo. En ciertos casos, estos toques parecen esmaltes del género que llaman los franceses *cloissonné*, y en otros resaltan los adornos blancos de un esmalte vivo sobre fondo azul celeste. De todas maneras, en la combinación de los colores y en la fabricación de los esmaltes y barnices se advierte cierto progreso y no poco gusto.

Ofrecería verdadero interés si no fuera tan penoso y difícil el estudio y conocimiento de la organización y estado de los oficios manuales y de las artes industriales de los egipcios. No es este asunto la poca importancia, y no lo han olvidado los egipólogos como Wilkinson; pero jamás llegará la hora de conocer con alguna exactitud esta parte principal de la historia de la industria antigua. Ni siquiera sabemos á ciencia cierta si las profesiones se transmitían en Egipto invariablemente de padres á hijos, pues aunque tal es la opinión común, escritores distinguidos como M. Ampère se han propuesto demostrar:

- 1.º Que no había castas en Egipto, en el sentido que se dá á esta palabra, y que realmente tuvo en la India.
- 2.º Que sólo existieron entre las clases sociales egipcias la misma separación y diferencia que establecen en los pueblos modernos las profesiones distinguidas y las artes mecánicas.
- 3.º Que según demuestran los monumentos interpretados por el método de Champollion, muchas profesiones importantes no fueron jamás obligadamente hereditarias.

Convendría á nuestro propósito el resolver esta cuestión, porque de esta manera hallaríamos más fácil el camino para apreciar el adelantamiento ó decadencia de la cerámica egipcia. Según fuera ó no hereditaria su profesión, así debía ser más ó menos libre y progresiva.

En cuanto á la antigüedad de los restos que de este arte se conocen, hay la misma diferencia de opiniones que tan árduo hace el conocimiento de la cronología egipcia. Se han descubierto brazaletes de barro azul oscuro con jeroglíficos de azul celeste, cuyas leyendas parecen referirse al reinado de Ramsés II. Se cita una vasija que perteneció á la época de Amenofis III. De la tumba de la madre de Amosis, de los tiempos del Patriarca José, se han sacado preciosos objetos de esta loza ó porcelana, y los sabios han elevado á cerca de 4.000 años la antigüedad de algunos utensilios que se remitieron en 1867 á la Exposición Universal de París. Aquellos en que se advierte la influencia del arte griego son de época muy posterior; del tiempo de los Ptolomeos.

JUAN CATALINA GARCÍA.

## ESTADO ACTUAL DE LA AGRICULTURA EN CASTILLA

### II

Con motivo del humilde escrito que con este título publicamos hace poco en LA ILUSTRACION CATÓLICA, se nos han dirigido, entre otras, dos observaciones á que debemos contestar.

Es la primera que no hemos demostrado, como prometíamos, que el labrador pierde en vez de ganar; supuesto que el que nos sirvió de tipo para nuestro cálculo, aún dada la exactitud de éste, no sale perdiendo, sino que logra con su trabajo que el capital que posee de 70.000 rs. produzca un seis por ciento.

Es verdad, aunque algo podríamos apurar la materia, pues si nuestro cálculo no es exacto, será precisamente porque nos hayamos quedado cortos en las partidas de gastos; por ejemplo, no contando más de 2.000 rs. para salario y manutención del mozo de labranza, ni más de 4.000 rs. para el par de mulas, que hoy en día tendrían que ser bien poca cosa.

Pero dejando esto aparte, ¿no es una agricultura ruinosa la que sólo alcanza á producir un seis por ciento del capital empleado, poniéndonos en el mejor caso, esto es, el de un solo par, con tierra propia y trabajando todo el año el mismo dueño? ¿No es ruinosa la que al mero colono no le produce sino seis ó siete reales de jornal? Cuando si se presentara un prestamista en tierra de Campos ofreciendo dinero al diez por ciento, sin más quebrantos, se le arrebatarían en poco tiempo muchos millones, ¿no es ruinoso que el labrador con su trabajo sólo alcance el seis? Y esto es prescindiendo de contingencias no comunes, como pedriscos, desgracias de caballerías, sequías tenaces como la de 1868, cuyas consecuencias duran aún y durarán; pudiendo decirse hoy, sin exageración, que la mitad de los labradores están ya perdidos.

El trabajo se emplea para alcanzar productos, los más que se puedan; y como en el estado financiero de la nación se alcanza el ocho, diez y más por ciento sin trabajar, y cualquiera oficio, industria ó comercio produce más; es evidente que el labrador irá arrimando los trastos y abandonará el oficio, luego que se convenza, por cálculo ó por experiencia propia, de que no puede medrar, de que trabaja neciamente para ganar menos de lo que ganaría sin trabajar, de que marchando según va, ni aún podrá luego sostenerse ni sostener su familia.

Repetimos que no es este el resultado que nosotros queríamos lograr con nuestro humilde escrito; antes lo tendríamos por una grandísima desgracia, por cualquier lado que se la considere, político, económico, moral ó religioso. Sino que como el hombre es interesable, según diría el padre Granada, y puntualmente los labradores tienen fama de codiciosos, al menos desde Virgilio, que se lo llamó; pensamos que nada podía ser más eficaz para moverlos á ir cambiando su sistema de cultivo, completamente rutinario, que el ponerles ante los ojos lo que pierden en vez de ganar, después de tantos afanes y sudores y de tantos miedos á las contingencias desgraciadas.

Y nosotros pensamos y estamos bien convencidos de que, aún con las condiciones actuales del suelo de Castilla y gran parte del resto de España, puede y debe ejercerse la agricultura de un modo lucrativo; más, que es necesario que así se haga, que al fin se hará así, aunque sea por los nietos de esta generación. Con esto vamos á la segunda observación que se nos ha hecho.

Era ésta que, puesto caso que los labradores de Castilla van mal, yo que esto les digo estoy casi obligado á decirles cómo lo han de hacer para ir bien. En esto nada menos se me pide que un Tratado de Agricultura; y yo no sé ni puedo hacerle, aunque tampoco es necesario. Precisamente hay multitud de ellos publicados, buenos, medianos y malos; unos, como el célebre de Herrera, clásicos; otros modernos, en que se tienen en cuenta todos los adelantos científicos; latos unos, que tratan la materia con extensión y con todo el aparato científico y técnico, que los hará siempre repulsivos é inútiles para los labradores; manuales otros, y aún compendios y cartillas, en donde algo podrían aprender. Entre éstos no puedo menos de recordar el del Sr. Oliván, señalado de texto para las Escuelas Normales, y que por muchas buenas cualidades se recomienda. Si en las noches de invierno se juntaran los labradores en sus cocinas y leyeran cada noche un capítulo, y discurrieran sobre él, aprovechándose de su propia experiencia y conocimiento de su propio terreno; algo más adelantarían que pasando las veladas jugando á las cartas ó hablando sin sustancia.



Pero, en fin, algo diré, tomándolo de mis lecturas de pura afición, y que sea hoy en día cosa corriente ya y convenida entre todos los que escriben de estas materias con los mejores elementos, y lo que vale mucho más, practicado universalmente en las naciones más adelantadas en ésta y otras materias, y aún en algunos puntos de nuestra España.

En vano aconsejaría la reunión, por medio de cambios, de las pequeñas fincas separadas y revueltas por todo el término de cada pueblo, en un solo pedazo ó hacienda, donde debiera estar la casa de labor y vivir habitualmente la mayor parte de la población labradora. La ley de población rural eso quería, y para ello concedió no pocas franquicias; pero los labradores se empeñan en lo contrario, y si alguno pretende salir del estado actual, ruinoso á todas luces, tiene que quedarse con el deseo, porque no halla quien le cambie sus fincas, como no sea con irracionales ventajas. Y el caso es que labrando tierras pequeñas, y yendo á ellas desde la población, pierde al menos lo equivalente á veinte ó treinta días de trabajo, como minuciosamente lo demostró el autor de un folleto que se publicó hace años en Valladolid sobre *cotos acasarrados*, sintiendo yo ahora no recordar el nombre del autor. Podrían arar con bueyes, sin los inconvenientes que hay en ello cultivando á grandes distancias de la población. Estarían siempre á la vista de sus haciendas, y excusando los guardas, quedarían aquellas perfectamente guardadas. Evitarían gran parte de las desazones, rencillas, pleitos, murmuraciones, etc., que traen consigo la vida de aldea y el confuso amontonamiento de la propiedad; lo cual daría mayor moralidad á las gentes del campo, como se ve en las Provincias Vascongadas, que en esta parte y en el modo de cultivar pueden dar muchas lecciones á Castilla.

Y ya que nos ha venido á mano el asunto de la moralidad y del respeto á lo ajeno, no

estará demás decir que los labradores de Castilla sufren grandes quebrantos por falta de ellas, no sólo por los que reciben de los que no son labradores, sino por los que ellos mismos se causan. El *honrado labrador* no repara en atravesar trigos ajenos, coger frutas, hacer daño con sus caballerías, romper linderas y arrimar á sus fincas lo más que puede de

las del vecino. Y el ganadero, no sólo mantiene sus ovejas en las heredades de todos, en lo cual hace bien, supuesto que se lo permiten; sino que las arrima á los sembrados y recorre las orilladas, estropea las viñas, y apenas deja una caña en la tierra

parto de su talento y mayor zelo, teniendo por descuidados y flojos á los demás. Pues todos estos daños se evitarían con tener reunida la propiedad, y en ella la vivienda; y sobre las ventajas dichas, habría la grandísima de poder atender con mucha más

facilidad á la industria pecuaria, sin pastoreo ni pastores, que son en buenos principios agrícolas un anacronismo, quiero decir, un uso atrasado, incompatible con la buena agricultura. Pero supuesto que los labradores no quieren cotos acasarrados, con su pan se lo coman, y vamos á otra cosa.

Otra de las mejoras prescritas por todos los agrónomos modernos sin excepción, y practicada en países más adelantados, es la supresión de los barbechos; sistema absurdo, como le llama el señor Echegaray, y que lo es efectivamente desde que se sigue otro mucho mejor, y se sabe que es falso el fundamento en que aquel estribaba. *La tierra no se cansa*, y no tiene por consiguiente necesidad de descansar; lo que necesita es reponerse de las sustancias que le va quitando cada cosecha; y pudiendo lograrse esto sin barbechos, ¿por qué se ha de tener improductiva todos los años la mitad de la heredad? Observen los labradores lo que les pasa con las *herrenes*, como las llaman en mi pueblo; es decir, con aquellas fincas ordinariamente inmediatas á la población, á las cuales siembran todos los años de forrajes, para segarlos en verde y dárselo á los ganados. ¿Cómo es que no se *cansan* estas tierras? Y eso que ni aún esto lo suelen hacer bien nuestros labradores, supuesto que esperan á que los forrajes estén granados, lo cual es mejor para la labranza, pero peor para la tierra, pues cuando ésta queda esquilada es principalmente cuando grana el fruto. Además, tampoco suelen salir de cebada, centeno ó avena, que esquilman el suelo mucho más que las plantas llamadas leguminosas, y en general que todas las que, echando mucho follaje, toman muchos alimentos del aire. Y con

todo eso, con solos raros abonos de tarde en tarde, siembran todos los años dichas tierras, y ellas no se cansan. ¿Por qué no lo han de hacer con las demás? Ni vale la excusa de que no hay riegos y llueve poco, porque todo esto sucede igualmente con las herrenes.

Es cosa averiguada por los químicos que cada



CATEDRAL DE STRASBURGO

que esté sembrada entre barbechos. Esto robar es, y lo prohíben el Código y el Séptimo Mandamiento; pero como pueda evitar que le echen encima el Código penal, haciendo los daños en ausencia del dueño, no le da mucha pena por el Séptimo Mandamiento, ni deja de llamarse *honrado labrador*. Y gracias si no se gloria públicamente de ello, como



familia de plantas tiene afición especial, como si dijéramos, á diferentes sustancias; es decir, necesita alimentos diversos; de modo que si muchos años seguidos se siembran plantas de la misma familia en un campo, por ejemplo, las cereales, de las que

no salen nunca en tierra de Cárpos, seguramente se agotarán las sustancias de que se alimentan, y será preciso, ó echárselas en abonos al campo, ó esperar por medio del barbecho á que el aire y el agua las elaboren, pues ordinariamente allí están en el cam-

po; pero no en disposición de que las plantas las chupen, sino cuando los agentes de la atmósfera las ponen en cierto grado de descomposición. Tal es la explicación científica y verdadera de los barbechos, que teniendo ventajas ciertas no se deben proscribir



ORILLAS DEL DARRO

absolutamente, sino usarlos lo ménos que se pueda.

En vez de barbechos, deben sembrarse plantas de familias diversas; unas para recoger el fruto, si tiene salida ó valor en el mercado; otras para forrajes, las más que se puedan, y otras, en fin, para enterrarlas allí mismo antes que granen, para que

sirvan de abono y beneficio. Ciertamente que este abono no es tan bueno como el estiércol de ovejas ó de cuadra; pero algo y no poco es, y se logra con un gasto insignificante, el de la simiente, que siendo, verbi gracia, de altramuces ó chochos cuesta bien poco, y las labores son las mismas que para

barbechar. Pero si vieran los labradores de Castilla que uno araba una tierra con un buen forrajal de chochos, guisantes, muelas, avena, etc., sin esperar á recoger el fruto, se reirían grandemente de él y le tendrían por loco; y sin embargo, sería mejor labrador que ellos, y seguiría una práctica reco-



mendada ya por los agricultores romanos y por nuestro Herrera, y sancionada hoy por la ciencia y por la experiencia.

Con esto está dicho la principal reforma que se debe introducir en la labranza de Castilla: la de cosechar muchos forrajes, para unir con ella la ganadería y obtener muchos abonos. Forrajes, abonos y alternativa ó rotación de cosechas, eso es lo indispensable, y para ello se necesitan ganados, no precisamente laneros, sino de todas clases, en particular vacunos, según aconsejen las circunstancias de cada población. Con estos elementos debe cogerse mayor cantidad de trigo, porque puede sembrarse el mismo terreno que ahora, y estará más beneficiado; y además se tendrán los rendimientos propios de la ganadería, que debe ser tanta cuanto pueda mantener cada labrador con sus propios recursos. Debiendo desaparecer con el tiempo los barbechos, es claro que tiene que desaparecer el pastoreo, por el que algunos tienen ganados á costa de los demás; lo cual será bueno para ellos, pero malo para la agricultura castellana, y más con los daños que hacen. Por otra parte, sólo con la estabulación, ó con mantener los ganados en casa con paja, forrajes, raíces y demás medios que se aconsejan en los tratados de zootecnia, se puede lograr el mejoramiento de los mismos ganados y la mayor cantidad de abono, principal objetivo que ha de proponerse el labrador.

Resumiendo: en nuestra opinión, la agricultura castellana no puede seguir como está sin que sobrevenga, y muy pronto, su total ruina. Puede y debe variarse, aunque sea gradualmente, y á pesar de las condiciones del suelo y falta de aguas y riegos. Claro es que, donde haya de estos es preciso aprovecharlos á todo trance, dando más extensión á la alternativa de cosechas; es decir, empleando plantas de cuatro, cinco ó más familias diversas alternativamente, y teniendo muchos prados de regadío. La dificultad y la gracia del labrador consiste en luchar contra las desventajosas condiciones de la generalidad del suelo castellano, en donde la alternativa ó rotación de cosechas difícilmente puede salir de estas tres: *trigos*, (con centenos, cebadas, avenas, etc.), *legumbres* y *raíces*, esto es, patatas, remolachas, etc.

Las principales variaciones que deben introducirse son: el abandono de los barbechos por medio de muchos estiércoles y alternativa de cosechas; la cría y explotación de animales, indispensable para que haya abonos, y la siembra de muchos, muchos forrajes, para poder mantener muchos ganados.

Todo esto pide mayores cuidados, y que el labrador trabaje y se ingenie, y aún que se auxilie con lecturas propias de su oficio, principalmente de libros que tratan de agricultura y zootecnia, ó sea de los animales domésticos. Pero esto no es una dificultad, sino un gran beneficio. Lástima dar ver que por falta de lectura ó ilustración en las cosas de su oficio, sean constantemente rutinarios, y que si algo leen sea un periódico que nada bueno puede enseñarles, que los hace incurrir en mil sandeces y absurdos cuando hablan, y llevar siempre su esperanza á la política y al gobierno, como si éste pudiera influir principalmente en su situación más bien que ellos mismos. *Instrucción, moralidad, aplicación y zelo*, eso es lo que más necesitan, y lo que puede hacerlos vivir y adelantar; no el entregarse á la rutina, á lo que quiera salir ó á la esperanza, desgraciadamente quimérica, de que con este ó el otro gobierno van á estar muy bien y se les van á rebajar las contribuciones; artículo que efectivamente los trae agobiados, pero que ni se le quitará nadie, ni es, á pesar de todo, el que más los perjudica.

Si el labrador que tomamos por tipo en nuestro escrito anterior empleara, en vez del par de mulas, aunque tuviera para ello que deshacerse de diez obradas de tierra, un par de yeguas de cría (con las que puede cultivar moderadamente la tierra y trillar), un par de bueyes, otro de vacas lecheras holandesas (que le darían al menos dos cántaros de leche diarios), y todas las demás reses de cualquiera especie que pudiera mantener, que no serían pocas si tuviera junta toda su hacienda, otro gallo le cantaría.

No entramos aquí á establecer un cálculo como el que dimos para el sistema actual, porque nos hemos alargado ya mucho, y porque no tenemos datos tan precisos; pero baste considerar que el ca-

pital y la contribución serían con corta diferencia lo mismo que entra en la cuenta que hicimos á nuestro labrador; que cogería más trigo; que tendría cada año animales que llevar al mercado; que necesitaría, sí, más trabajo, cuidado y aún manos; pero que sólo el artículo de la leche, aunque por falta de despacho tuviera que reducirla á queso, sería para él una mina de más rendimientos de lo que él puede figurarse.

Con esto creo haber satisfecho á las observaciones que se me hicieron como puedo hacerlo en un artículo de periódico. Lo demás y los pormenores, consúltensey estudien en los tratados de agricultura, y practíquense con discernimiento y juicio, sin entusiasmo ni precipitación. Y el labrador no lo será meramente por oficio, sino que ejercerá una profesión lucrativa, sin dejar de ser, y aún siéndolo más, un *honrado labrador*.

F. C. MUÑOZ.

## COSTUMBRES

UN HOMBRE ABRUINADO

I.

Hace muchos años que llegó á mi casa un antiguo amigo provinciano, sencillo, honrado, laborioso, hombre de bien á carta cabal. Tan buenas prendas habíalas heredado de sus padres, amén de algunos caseríos y ferrerías en Vizcaya, que mejoradas por él con ese acierto y seguridad con que procede el ingenio apoyado en la experiencia, le producían no sólo para mantener modesta aunque decentemente á su dilatada familia, sino también para ir formando un capital de reserva, destinado á la crianza y acomodo de sus hijos.

Extrañome verle en la corte, porque había resistido constantemente, con la proverbial tenacidad de los de su tierra, á pasar aquí una temporada, para conocer otro mundo que el de aquellos pintorescos montes con entrañas de hierro y magnífica cabellera de bosques seculares circundados de rocas, en las cuales se estrellaban al propio tiempo la corrupción de costumbres y la furia del Océano. Sin embargo, conocía á muchas personas principales de Madrid. Su linda casa, situada á orillas del mar en una comarca en que no escasean las buenas playas y abundan las aguas minerales, servía en el verano de albergue hospitalario, particularmente en días de romería, á los bañistas que acuden á restaurar su salud, más que con los baños, á lo que yo creo, con la suspensión de trabajos sedentarios, la vida activa, y puras y templadas brisas de la costa.

—¡Tú por aquí, José Ignacio!—exclamé arrojándome en sus brazos.—¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Con que al fin has accedido á mis deseos, y vienes á divertirme y desenfrillar un par de meses á la corte?

—No es precisamente el afán por diversiones, lo que acá me trae—respondió,—que harto entretenimiento me dan mis caseríos, mis fraguas y mis hijos; negocios, azas ingratos, me han arrancado de las dulzuras de mi hogar, y quiera Dios que no sea infructuosa mi venida.

Me contó luego sucintamente, reservándose para más oportuna ocasión los pormenores, que entre la multitud de personas distinguidas que habían honrado su casa en la temporada de baños, era una de ellas D. Juan Lalama de Trevisonda, opulento banquero de la capital, á quien había entregado todos sus ahorros para que los empleara en una especulación que parecía completamente segura y lucrativa.

—Así, al menos,—prosiguió,—me lo pintaba D. Juan, con esa elocuencia persuasiva, con esa firmeza de acento que sólo dan la convicción y la honradez. Ya conocerás tú á Trevisonda, ese genio de la Bolsa, ese rico capitalista...

—Ya sabes,—contesté,—la vida que llevo hace muchos años. Como no he sido criado en el Serrallo, ignoro sus vueltas y revueltas; no pertenezco al gran mundo, y por consiguiente, no conozco á sus grandes hombres. Sé de pública voz y fama que ese señor es un agiotista; que mete ruido; que pasa por hombre de talento, lo cual no es por acá concluyente prueba de que lo tenga, si no va acompañado de algunos millones de reales que lo de-

muestren. Pero, en fin, hasta ahora no veo, á Dios gracias, en tu historia nada que me alarme.

—Lo lamentable de mi historia puede expresarse en dos palabras. Me han dicho, y tengo motivos para temer, que D. Juan Lalama de Trevisonda está arruinado.

—Esa es harina de otro costal,—repliqué músico y cabizbajo.—Ahora recuerdo que el tal Lalama de Trevisonda es aquí conocido con el mote paronomástico de *La mar de Trapisondas*. Cuenta conmigo para todo. Veremos; nos informaremos; obrando luego con arreglo á las circunstancias. Por de pronto, si este contratiempo no te priva de humor para disfrutar de la corte, después de comer nos iremos al teatro.

Accedió mi amigo; pero en lo que no quiso consentir, á pesar de que lloviznaba, fué en que tomásemos un carruaje para trasladarnos al coliseo.

—¡Cómo!—exclamó con un aire de sencilla honradez, que á mí mismo me parecía inverosímil;—¿en coche yo, cuando estoy expuesto á que mañana no tenga pan que dar á mis hijos! Si alguno de mis paisanos me mirase por casualidad al saltar de la portezuela, por primera vez en la vida me haría salir al rostro los colores.

—Delicadeza semejante,—contesté,—me parece exagerada: no tienes aún certidumbre de tu desgracia, y aún cuando estuyes expuesto á que mañana impiderte aceptar tan tenue obsequio de un amigo.

José Ignacio, no sabiendo qué replicar, pero incapaz de cejar en su propósito, tomó la cosa por otro estilo.

—Quiero empezar á conocer á Madrid, y esas cuatro gotas que asustan al cortesano son menos que rocío para un vizcaino, que, con su paraguas de percal debajo del brazo, es capaz de andarse media España y sufrir el diluvio.

No tardó en arrepentirse tal vez de su determinación; porque al atravesar una calle angosta y mal empedrada, un carruaje de los de última moda, que á la sazón se llamaban *Tres por ciento*, cruzaba tirado por dos magníficas yeguas inglesas, que parecían gemelas, y le arrojó á la cara todo el lodo de un bache.

Prorumpió mi amigo en exclamaciones de cólera; pero no queriendo dar su brazo á torcer, aguantó la rociada, y con auxilio de su pañuelo y del mío, limpióse lo peor que pudo, y se empeñó en seguir su camino.

—¿Sabes quién iba en aquella preciosa berlina?—le dije.

—¿Qué he de saber, si me ha cegado completamente?

—Pues si no me equivoco, en ella va tu D. Juan.

—¿Qué D. Juan?

—La mar de trapisondas.

—¡De veras! ¿Qué me dices? No puedes figurarte cuánto me alegro. Si fuese cierto, me daría por satisfecho del lodo con que me ha salpicado.

Yo me quedé contemplando el rostro pintarrajeado, poco hacia, por las elegantes ruedas del *Tres por ciento*, lienzo que todavía conservaba algún chafarrinon, y dije murmurando:

—No comprendo...

—¡Y teneis fama de listos los cortesanos! ¡Válgame la Virgen de Begoña! ¿Pues no ves tú que si D. Juan gasta todo ese lujo y boato no puede estar arruinado?

En lógica de provincias, mi amigo podía tener razón. Mas yo, aunque poco ducho en achaques de negocios, sospechaba, no sé cómo, que según la lógica de la corte, aquel raciocinio era un sofisma. Me guardé, sin embargo, de indicarle mis recelos.

—Que duerma al menos esta noche en brazos de sus ilusiones, arrullado por la esperanza,—dije yo para mi capote.

Terminado el primer acto del drama, le pregunté qué juicio formaba de nuestros comediantes.

—Amigo mío, nada puedo decirte; porque apenas he mirado el escenario. Otro espectáculo me ha llamado más la atención. Creo desde luego que no te has equivocado respecto del autor de mi encuentro, ó mi *enciéglo*, como he estado á punto de poder llamarlo. Allí está D. Juan; allí está feliz y rico, por consiguiente, como un Fúcar. Mírale en aquel palco bajo con aquellas señoras, rodeado de gentes de pró. ¡Mírale! ¡Qué camisa tan rica, qué botones tan hermosos, qué ropa tan fina y elegante! Y sobre todo, ¡qué fisonomía tan satisfe-



cha y regocijada! ¡Qué modales tan atentos, qué aire de superioridad que no ofende, de grandeza que no humilla! ¿Y de ese hombre dicen que está á punto de quiebra?—Vamos, vergüenza tengo de haber dado crédito á las calumnias que de él se han propalado.

—En efecto, las apariencias no son de arruinado. ¡Cáspita! Ni ese lujo es oropel, ni postizos esa tranquilidad, ese contento. Será preciso,—añadí,—que vayáis á visitarle á su palco.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

## GERTRUDIS

CUENTO TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR LA SRTA. R. U.

### II

#### Gertrudis de Trebes

La tarde de aquel mismo día, el forastero de Genorac, apoyado sobre la única mesa del cuarto de su posada, leía con muchísima atención un papel arrugado y amarillo: era la última carta que había recibido de su madre.

«Querido Alberto,—decía,—temo mucho por tu suerte si rehusas más tiempo combatir esa dejadez moral, ese fastidio profundo que penetra en tu espíritu hasta destruirle, según me dices; temo más este fastidio de todas las cosas que la enfermedad, el hambre, el frío, la desnudez; todas las miserias del pobre no son más que de esta tierra, y no penetran con nosotros en la eternidad.

»Al verte tan fatigado desde tus primeros pasos en la vida, cuando no andas más que sobre flores, me pregunto, hijo mío, qué será de tí el día de prueba en que tengas que pisar abrojos.

»Aquí me detengo, Alberto... estos pensamientos me horrorizan y me oprimen; me hacen deplorar esta inmensa fortuna que tu pobre padre moribundo acumulaba para tí, y que te hace vivir en esa ociosidad que te enerva, yendo de boulevard en boulevard, de salón en salón, escoltado de ociosos como tú, que se dicen tus amigos, y que no quieren en realidad más que tus cigarros, tus carcerías y tus comidas... Me aseguras que no encuentras ningún gusto en esta vida; que no haces ningún mal; que la ociosidad sólo te ha llevado al estado en que te hallas; te creo hijo mío, porque sé que tú me quieres, y que nunca me has engañado; pero Alberto, no es bastante evitar el mal: es preciso hacer bien. Aquí hubieras podido velar por tus propiedades, llegar á ser la Providencia de nuestros vecinos. Pero no has querido; te has encontrado demasiado rico para trabajar, demasiado joven, demasiado ardiente para compartir conmigo la existencia, y has preferido llegar á ser en París un hombre hastiado é infeliz.

»Volvamos, pues, nuestros ojos hacia un horizonte menos sombrío, hacia ese punto luminoso que te han mostrado los que se llamaban tus amigos:—Es preciso casarte, Alberto,—te ha dicho uno de ellos.

»Tú quieres que te elija una mujer, y ciertamente, yo habría querido corresponder á tu deseo con toda la actividad y solicitud de mi ternura hacia tí; sin embargo, creo servirte mejor, hijo mío, contentándome con rogar ardientemente á Dios que te dé una compañera según la mereces; una mujer que sepa hacerte dichoso, rodeándote de una dulce y tranquila felicidad; que prefiera la vida de familia, la paz del hogar doméstico, al torbellino de las fiestas; que sea, en una palabra, la gracia, la alegría, la bendición de tu hogar.

»Pero hé aquí una carta ya melancólica, una moral ya enojosa; quizá estés fatigado. Suspendo, pues, y me despido de tí, invocando las bendiciones de Dios sobre tu cabeza querida, que cubre de besos tu apasionada madre.—LUISA NOGELMANNNS.»

Alberto dejó caer sobre estas páginas una lágrima que temblaba en el borde de sus pestañas; después cogió una hoja de papel, y escribió rápidamente:

Genorac, etc.

«Es un pensamiento bien extraño, mi muy querida madre, el que os ha hecho terminar tan bruscamente vuestra última carta. ¿Cómo habeis podido temer que me fatigase? ¿No os he repetido mil

veces que en medio de esos frívolos placeres que combatis tan justamente, vuestras cartas son mis más dulces, mis únicas alegrías verdaderas? ¿Cuánto me gusta leerlas y volverlas á leer, y envolverme, por decirlo así, en su perfume.

»Escribidme, pues, á menudo y largo, y perdonadme este silencio no acostumbrado que guardo con vos hace cerca de tres semanas.

»No os contaré la vida de tristeza, en la cual hacía el fin de Julio me sumergió mi falta de ocupaciones; no me pararé en estos pueriles detalles, porque me siento impaciente, mi querida madre, por hacer participar á vuestro corazón de la alegría que ésta tarde inunda el mío.

»Cuando esté en Nonmardía, acurrucado cerca de vos, os diré algunos frívolos motivos que me han conducido á Perigord, y una singular conversación que he tenido por casualidad, ó más bien por la voluntad de la Providencia, con una aldeana de Genorac. El resultado de esta conversación ha sido un deseo extraño, pero irresistible, que he tenido de asistir esta tarde á una piadosa ceremonia: la consagración de las jóvenes solteras de la villa á la Santa Virgen.

»Cuando dieron las ocho, seguí á la gente y entré en la antigua iglesia, que con sus numerosas velas encendidas y sus mil ramilletes de flores, que se abrían bajo diáfanos colgaduras blancas, me pareció adornada como una esposa el día de sus bodas. Yo no sé por qué era dichoso con hallarme allí, y sin embargo, no pensaba en rezar.

»De repente los ecos dulces y suaves del órgano, producidos por una mano hábil, me hicieron estremecer; me volví hacia la tribuna y distinguí encima del armonium un velo de muselina. Esto fué todo.

»Aquella frase musical, tan bien dicha, era el principio del *Ave María* de Gounod.

»Bien pronto empezó la encantadora melodía, y entonces, madre querida, entonces me arrodillé sobre mi reclinador, bajé la cabeza y me pareció que las bóvedas del templo eran demasiado bajas, su nave demasiado estrecha para contener los acentos de la más sublime contralto que había jamás oído; acentos que se lanzaban al Cielo como una súplica del alma, ó se prolongaban misteriosos y suaves en inefables modulaciones.

»Madre querida, aquella melodía santa, eco de los conciertos angélicos, fué una gracia que Dios me hizo y que no olvidaré nunca.

»Comprendí, al escucharla, que las delicias mundanas nada valían; que sólo la oración me daría la felicidad. Me postré murmurando *Ave María, gratia plena* (Dios te Salve María, llena eres de gracia). Y en el mismo instante, una paz profunda, una alegría desconocida inundaron mi corazón. Cuando salí de este dulce éxtasis, la voz celestial había enmudecido, las últimas vibraciones del órgano se habían extinguido.

»Miré al altar; un grupo de vírgenes cristianas, que vestían largas túnicas blancas, lo rodeaba, y en medio de ellas, una joven arrodillada pronunciaba con voz conmovida su consagración á la Virgen.

»Reconocí el timbre armonioso que me había admirado tanto en el *Ave María*. Sin ninguna duda, era la señorita Gertrudis de Trebes, de quien me había hablado con tanto entusiasmo la aldeana de Genorac. Desde el sitio que ocupaba pude ver sus graciosas facciones, sus grandes ojos pardos, y los admirables rizos rubios que caían sobre su noble frente... Envuelta en los pliegues ligeros de su velo de tul, trasfigurada por la fé, me pareció un sér ideal que mi imaginación en sus más bellos sueños no había podido concebir.

»Bien pronto la ví con sus compañeras inclinarse bajo la mano del sacerdote que las bendecía; sin quererlo, mi mirada se fijó en el sacerdote... Querida madre, vos comprendereis la sorpresa que tuve entonces al reconocer en aquel hombre, con la cabeza blanca y venerable, al hermano de vuestro buen cura de V.

»Me acordé de que en mi infancia le había visto varias veces en nuestro presbiterio, y que siempre me había tratado con bondad; me acordé también de que en aquella época era ya cura de una pequeña aldea del Perigord; pero hacía mucho tiempo que había olvidado todas estas cosas que me importaban poco.

»Esta tarde he sido feliz en volverle á ver; resolví esperarle á su salida de la iglesia; y efectiva-

mente, cuando la ceremonia estuvo acabada y la casa de Dios quedó desierta, me puse cerca del pórtico esperando al buen cura, y quizás á alguna otra persona que no había visto todavía salir.

»Al cabo de algunos instantes, salió él. Me acerqué á saludarle respetuosamente, y le dije:

—«Perdonadme, señor cura, que os pare aquí; pero he creído reconocer en vos un hombre del cual conservo el mejor recuerdo, y quisiera tener la seguridad de no haberme engañado. ¿Sois el hermano del excelente pastor de V., en Nonmardía?»

—«Sí, cierto,—respondió él vivamente, tomándome las manos con efusión;—y vos... vos sois Alberto Nogelmanns,—exclamó, después de haber fijado en mí su clara y suave mirada. Después, con un aire paternal, me acercó á sí y me besó en la frente. Aquel beso, en la disposición de ánimo en que yo me encontraba, hizo desbordarse mi pobre corazón.

»Nos sentamos los dos sobre el tronco caído de un árbol que allí había, y yo le confíé el triste empleo que hacía de mi vida, mis tristezas, mi fastidio, y por fin, las nuevas esperanzas que esta tarde se agitaban en mi corazón.

»En aquel momento, la señorita de Trebes pasó cerca de nosotros entre su padre y su madre; pero no nos vió.

»La blanca luz de la luna daba en su bello rostro, y esparcía una claridad que me permitió admirar la gracia, la elegancia de su andar, y seguirla mirando hasta que desapareció por una senda cubierta de flores.

—«Me parece que vos también apreciáis á nuestra Gertrudis,—me dijo entonces con una fría sonrisa el buen abad Gelcour.

—«Habladme de ella,—le dije entonces.

—«Es la bendición de mi parroquia,—respondió con tono grave;—el consuelo de mi ministerio; es la mujer buena y fuerte, la cristiana admirable, la hija tierna, la hermana afectuosa; hubiera sido sin trabajo, según he oído decir, la reina de los salones, y ha preferido ser la criada de los pobres. Desgraciadamente para ella, la fortuna de los señores de Trebes es muy modesta, y como tienen seis hijos, Gertrudis no puede muchas veces hacer la caridad más que con los tesoros de su corazón; es verdad que son muchos, y que nuestros pobres no sabrían pasarse sin ellos.

—«Decidme, padre mío,—dije yo entonces,—¿por qué la voz de la señorita de Trebes ha producido en mí tan dulce y tan fuerte impresión, mientras que las cantantes más afamadas de París me han desagradado á menudo?

—«Porque sus cantos eran las pasiones humanas,—respondió vivamente el Sr. Gelcour,—mientras que los de Gertrudis... Alberto,—continuó con voz conmovida,—os creo de noble corazón; arrancadle al mal y volverle á Dios; marchad por la senda de la fé, de la caridad y del trabajo, y ella os conducirá á la dicha.

—«Os creo,—respondí;—pero me hace falta un guía... un ángel guardian... una compañera como...

—«Os comprendo, querido Alberto; hace mucho tiempo que he adivinado vuestro deseo; lo apruebo enteramente, y ruego á Dios que lo bendiga. Gertrudis tiene un nombre noble, una familia honrada; pero no tiene fortuna...

—«La mía es inmensa,—dije vivamente;—ese no es obstáculo.

—«Sois desinteresado,—dijo;—sin embargo, esto no basta á Gertrudis; yo sé que no se casará más que con un cristiano, con un hombre piadoso y activo como ella. ¿Sabéis llegar á ser este hombre?

—«Tengo voluntad y esperanza de serlo,—dije.

—«Y yo la dulce confianza de que lo seáis... No obstante, Alberto, reflexionad todavía. ¿Vuestra imaginación no entra por nada en estos votos ardientes, en esta resolución repentina?

—«No lo creo; pero estoy tan poco acostumbrado á la dulce calma que gozo esta tarde, que por instantes temo estar bajo el imperio de una engañadora ilusión... Decid ¿podría volver á ver á la señorita Gertrudis, volverla á ver antes que ella me conociese ni que pudiese adivinar mis sentimientos... de tal manera que nuestro encuentro pareciese hijo de la casualidad? ¿Querido señor cura, comprendéis mi deseo?

»El sacerdote reflexionó durante algunos segundos.

—«Lo comprendo,—dijo en seguida;—mañana



por la mañana, un poco antes de las seis, id á casa de una de vuestras indigentes: la anciana tia Michand; encontrareis fácilmente su pobre choza aislada, que está hácia la extremidad de la aldea; allí vereis á Gertrudis, que todos los días va antes de misa á ver á esta infortunada y á arreglar su casa. Cuento con vuestra generosidad para dejarle una limosna, que dará motivo á vuestra visita, de que podria sorprenderse la señorita de Trebes, y puedo aseguráros desde ahora que esta limosna será una alegría para Gertrudis, un consuelo para la pobre mujer y una dicha para vos.

«Aquella idea me admiró tanto, que en aquel momento hubiera dado toda mi fortuna á la tia Michand.

«Apreté la mano del buen sacerdote; hablamos afectuosamente algun tiempo, y despues nos separamos. Eran casi las diez.

«La noche estaba húmeda y clara; no se oía más que el murmullo del agua y el ruido del viento en las hojas: esas dos voces del silencio, como ha dicho un escritor.

«Solo, en medio de aquel silencio y aquella paz, bajo la bóveda celeste á la vez sombría y brillante, dejé con un gran consuelo á mi alma volverse hácia el rayo de fé, quizás hácia el rayo de amor que acababa de brillar en ella.

«A su luz bendita entreví la dicha: la misma que pedis á Dios para mí. Si la obtengo, madre mia, la deberé sin duda á vuestros fervientes votos. ¡Qué dulce me será entonces tener un motivo más para amaros.

«Os dejó esta tarde, sin concluir esta carta tan larga...

«Quiero cerrarla mañana despues de volver de mi visita de caridad, de donde espero tener que decir algo... Dan las doce, y vos dormireis sin duda... Adios, madre querida; beso vuestros párpados cerrados, con la más viva y la más respetuosa ternura.—Vuestro, ALBERTO.»

### A LOS SEÑORES SUSCRITORES

En el número 547 del periódico católico *La Fé*, correspondiente al jueves 24 del corriente mes (y no sé si en algun otro diario), ha aparecido un comunicado (pág. 1.<sup>a</sup>, columna 4.<sup>a</sup>), suscrito por el señor D. Valentín Gomez, en que dicho señor pretende justificarse de los ataques que cree le he dirigido en mi Advertencia del número 15, época segunda, de LA ILUSTRACION CATÓLICA.

Como quiera que yo soy enemigo declarado de cierta clase de polémicas, no deben extrañar los señores suscritores deje sin contestacion el escrito del Sr. Gomez, ateniéndome exclusivamente á que

me juzguen por mis obras y mis hechos, más que por mis palabras, como vengo pidiéndoles desde que dió principio la publicacion.

JOSÉ AMALIO MUÑOZ.

### MESA REVUELTA

Duclos tenía para expresar su desprecio esta fórmula favorita: «Es el penúltimo de los hombres.»

Un día que acababa de aplicarla, le dijo uno de sus amigos:

—¿Por qué decís el penúltimo?

—Para no desanimar á nadie.

En los últimos años de su vida, Piron habia puesto en verso el *De profundis*, lo cual hizo decir al abate Voisenon:

—Si en el otro mundo se ocupan del mérito literario, su *De profundis* le impedirá entrar en el cielo, como su *Oda á Priapo* le ha impedido entrar en la Academia.

Este mismo abate compuso una comedia en un acto, tan lánguida y tan fria, que todos los espectadores se aburriron, y como uno de sus amigos le preguntase por qué la habia hecho representar, contestó:

—Hace tanto tiempo que todo Paris me aburre en detall, que he aprovechado esta ocasion para tomar venganza.

Reprochaban á un buen hombre que dispensaba favores á algunos amigos indignos de ellos.

—¿Qué quereis?—contestaba;—si yo fuera rey los corregiría; como no soy más que rico, y ellos son pobres, tengo que socorrerlos.

El abate Barthelemy, que tenía una renta considerable, decia que no ponia coche porque le daria vergüenza pasar en él al lado de otros que iban á pié, teniendo un mérito muy superior al suyo.

Baculard d'Arnaud asistia en la corte de Prusia á una cena en que todos los convidados hacian gala de ateismo: sólo él guardaba silencio.

—¿Qué opinais vos de esto?—le preguntó el rey Federico.

—Señor, que me place creer en la existencia de un Sér superior á todos los reyes.

Un criado tenía la costumbre de emborracharse todos los dias despues de terminar sus quehaceres.

Un día, sin embargo, entró por la mañana en el cuarto de su amo enteramente ebrio.

—¡Cómo!—le dijo éste;—¿ya estás borracho á esta hora?

—Perdone usted, señor,—dijo el otro tambaleándose;—es de anoche.

Elabate Maury, insigne campeón de la nobleza y del clero en la Asamblea nacional francesa, era hombre de tanto ingenio, que más de una vez puso á Mirabeau en grandes aprietos con sus epigramas.

Un día que bajaba de la tribuna en medio de los aplausos de los realistas, Mirabeau se lanzó á ella y comenzó un discurso, exclamando:

—Voy á encerrar al abate Maury en un círculo vicioso.

—¿Quereis abrazarme?—preguntó volviéndose friamente el orador realista.

Una carcajada general ahogó la voz de los contendientes.

### SOLUCION AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

Acuérdate á menudo de la muerte, y pocas veces pecarás.

### JEROGLÍFICO



La solucion en el número próximo.

Imp. de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, 4.

## SECCION DE ANUNCIOS

### GALERIA DRAMÁTICA INFANTIL

DEDICADA

á los Colegios y Sociedades recreativas,

DEL PRESBITERO

D. JOSÉ MARÍA LEON Y DOMINGUEZ,

Catedrático del Seminario Conciliar de Cádiz.

José en Egipto, 6 reales.—La Pastora Inmaculada, 4 rs.—La Adoracion de los Pastores, 6 rs.—La Resurreccion de los Justos, 3 reales.—El Séise Mártir de Zaragoza, 4 rs.—La Reconquista de Cádiz, 8 rs.—La Adoracion de los Reyes, 6 rs.—Los Mártires Patronos de Cádiz, 6 rs.—Santa Eulalia de Barcelona, La Corona de San Luis Gonzaga y Estér (un cuaderno), 8 rs.—El Angel de Puigcerdá, 5 rs.—La Virgen de Nicomedia, 4 rs.—Constantino, 6 rs.—Covadonga, 4 rs.—Dimas, ó la huida á Egipto, 4 rs.—Justicia del Cielo, 4 rs.—Venganza de buena ley, 4 rs.—El andaluz más templado, pieza chistosa para fin de fiesta, 4 rs.—El Plan-Puding á la inglesa, La Medicina Infalible y El regalo de Filipinas, sainete, 8 rs.

Obras religiosas y morales.—Leyendas históricas y morales, dos tomos, 20 rs.—Páginas de hogar, leyendas, cuentos, fábulas y tradiciones (con grabados), 4 rs.

Todas estas obras se hallan de venta en Madrid: Olamendi, Paz, 6; Perdiguero, San Martín, 3; viuda de Aguado, Pontejos, 8, ó dirigiéndose al autor, Cádiz, San Juan, 40.

### LA ILUSTRACION CATÓLICA

se publica desde el 1.<sup>o</sup> de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeracion de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicacion nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicacion de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisicion continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripcion que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administracion.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

### PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administracion de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administracion, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripcion de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Peninsula. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

### ALBUM-ALMANAQUE

### DE LOS PAPAS

PARA 1879

Este Almanaque ha de contener, además del Santoral y otras materias interesantes, *El Mapa de todos los Papas que ha habido desde San Pedro hasta Leon XIII*, en fotografia. *El Mapa de todos los Reyes que ha tenido España desde Ataulfo hasta D. Alfonso XII*, también en fotografia. Por manera, que este Almanaque será el único en su clase, y cuyo precio en venta será 12 reales.

A todos los que nuevamente pidan los cuadros de los retratos de Su Santidad Pio IX y Leon XIII, abonando 10 rs. se les dará gratis este Almanaque, que verá la luz pública en el próximo mes de Noviembre, con la lista de todos los suscritores.

Se admiten anuncios para este Almanaque á los precios siguientes:

Una plana, 110 rs.; media, 60; cuarto de plana, 40 rs.

Las suscripciones y anuncios, á D. José Morales, calle de la Esgrima, núm. 11 pral.

### CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta administracion a precio de 6 reales ejemplar.